Eduardo Ladislao Holmberg



La Pipa de Hoffmann

textos.info
biblioteca digital abierta

La Pipa de Hoffmann

Eduardo Ladislao Holmberg

textos.info
biblioteca digital abierta

Texto núm. 9337

Título: La Pipa de Hoffmann
Autor: Eduardo Ladislao Holmberg
Etiquetas: Cuento

Editor: Edu Robsy
Fecha de creación: 28 de noviembre de 2026
Fecha de modificación: 28 de noviembre de 2026

Edita **textos.info**

Maison Carrée
c/ des Ramal, 48
07730 Alayor - Menorca
Islas Baleares
España

Más textos disponibles en http://www.textos.info

Yo nunca había fumado en pipa.

Más de una vez, es cierto, había observado el inefable placer con que algunos individuos del bajo pueblo saboreaban el pestífero canutillo de arcilla, blanca en otro tiempo, pero oscurecida luego por el continuo paso de la hebra de humo.

Y lo que es más, y lo que es peor, llegué a observar un cocinero que para cerciorarse de que el puchero tenía bastante sal, introducía una cuchara en la olla, y para no manchar el fogón, colocaba la cabeza entre la columna de vapor que se elevaba del hirviente puchero, de modo que las gotas de caldo y de saliva y de tabaco fueran a formar parte integrante de las coles y zanahorias y trozos de carne, que en aquel momento bailaban el más fantástico de sus ejercicios.

Estas observaciones y otras muchas me habían hecho tomar una extraña aversión por las pipas, de tal manera que me bastaba ver a una persona gastar este frágil mueble para retirarle toda consideración si acaso se la había dispensado alguna vez o no tenérsela si llegaba a formar parte de mis conocidos.

Sin embargo, yo no dudaba que la pipa, en su sentido más lato, es la base de más de una agrupación social, y que sin ella, más de una industria floreciente se derrumbaría como una torre minada.

Pero estaba escrito que alguna vez había de perder esta aversión, tanto más cuanto que nunca he detestado el tabaco, sustancia sublime, fuente inagotable de delicias para un espíritu visionario y estimulante fecundo para las almas soñadoras.

El tabaco es el rey del mundo, y si los antiguos griegos al colocar en la diestra de Júpiter el haz de rayos, no le acomodaron una pipa en la boca, fue porque ignoraban que en aquella Atlántida, presentida por Platón, crecía la rica sotanea, bajo un cielo de fuego, del cual tomaba la esencia deliciosa que introducida más tarde en la nariz de Napoleón el Grande, despertó tas combinaciones más sencillas y audaces que pueden dormir en un cerebro humano.

Pero no siempre el tabaco ejerce su acción misteriosa, sino que, por el contrario, embota a veces ciertos espíritus sutiles que como céfiros fugitivos pululan dentro del cráneo de más de un miembro de la humanidad.

Hechas estas salvedades, voy a recordar cómo y por qué razón he perdido el odio que cordialmente profesaba a los fumadores en pipa y a esta misma.

Tenía un amigo alemán que murió en el último cólera, y lo más particular es que este cólera no era ni asiático, ni esporádico, ni etcétera, sino cólera sencilla y llanamente.

Era de mediana estatura, proporcionalmente delgado, cara oval, ojos negros, pestañas largas, y vestía siempre traje del mismo color de sus ojos y de su cabello, negro también.

Al verle era difícil no reconocer en él un representante de la raza hebrea. Y en efecto, Isaac era hijo de un judío de Leipzig, que había hecho su fortuna comprando, y sobre todo vendiendo trapos y diarios viejos.

Sus ojos tenían todo el sentimiento profundo de los orientales, y si a esto se agrega su natural suave, una palabra insinuante y cierto reflejo de benevolencia que flotaba en todo su rostro, así como una niebla que se desliza sobre un mar tranquilo, se comprenderá fácilmente que no era posible dudar de la palabra de Isaac, el hijo del judío de Leipzig.

Conocía profundamente la historia y la literatura antiguas, tas pocas reliquias de la edad media, y era capaz de apreciar los grandes hechos y los grandes hombres de los tiempos modernos y contemporáneos.

Tenía una veneración ciega por Schiller y por Goethe, pero era ciega para los dos juntos, no separados, y lo que es más particular es que también la tenía tenebrosamente ciega por Hoffmann, ese sublime loco, ese profundo cuerdo.

Más de una vez fui a visitar a mi amigo Isaac, lo que prueba que más de una botella de cerveza lanzó al aire el tapón que esclavizaba el estimable líquido, porque Isaac era afecto a este género de distracciones con todo el fervor de un hombre de sano juicio que no pasa del límite que la razón

señala a sus actos.

A veces conversábamos sobre la situación política del país, otras comentábamos la buena o mala calidad de la cerveza y la influencia benéfica o perniciosa que ejerce en el espíritu y más de una vez dejamos de ocuparnos de la cerveza para pensar en Schiller, leer el Fausto o saborear la ética de Spinoza.

Regularmente llegaba a su casa en el momento en que le servían el café, después de comer, y, cosa casual, siempre me ofrecía la taza que para él traían y que yo aceptaba por no contrariarle; luego se ponía de pie, y con toda calma se dirigía a su escritorio, abría una caja, y sacaba de ella una pipa.

Al principio no presté atención ni al conjunto ni a los detalles que constituían aquel instrumento, pero poco a poco me fui familiarizando de tal manera con él, que al cabo de algunos días hubiera podido hacer de memoria otro igual, tan incrustada tenía en mi espíritu la imagen de aquella pipa.

Pero, cosa extraña, Isaac no quemaba tabaco en ella, pues de lo contrario me habría visto en el caso de decir a mi amigo que había dejado de serlo.

Esta conducta me llamó mucho la atención al cabo de cierto tiempo, pero no comprendía el móvil que le guiaba al proceder de una manera tan original.

—¿Por qué haces eso, Isaac?

El judío sonrió.

—Eres curioso —me dijo.

—Es verdad. Nada me ha llamado jamás tanto la atención como lo que haces con esta pipa. ¿Fumas con ella?

—No, ni lo haría.

—Y entonces, ¿por qué…?

—Porque esta pipa es un tesoro. Mi padre me la regaló cuando apenas contaba diez años, y me dijo: “Tenia siempre junto a ti, Isaac, sobre todo

después de comer.” Y lo único que he hecho y hago aún es cumplir ese deseo de mi padre.

—¿Es por ventura algún amuleto?

—Puedes cerciorarte —me dijo, acercándome la silla sobre la cual estaba colocada.

Miré la pipa de cerca y sentí no sé qué fascinación extraña que nubló mi vista y estremeció todos los nervios de mi cuerpo.

Un fantasma que se hubiese levantado ante mis ojos en medio del desierto y de la noche, no habría producido seguramente en mi organismo una impresión tan extraordinaria. Y, sin embargo, no era una impresión de terror.

Estaba fascinado.

Si en aquel momento Isaac la hubiera llenado de tabaco, se lo habría perdonado.

Por un esfuerzo supremo de voluntad, retrocedí algunos pasos. La fascinación cesó.

—¿Crees en el diablo? —me preguntó Isaac, con cierto aire de respeto por el personaje aludido.

—No; pero sí creo que dentro o fuera de esa pipa debe haber algo que se le parece mucho.

—Pues mira —dijo Isaac, poniéndose de pie—, yo sí creo.

Aquel *yo sí creo* tenía tal solemnidad, había tal animación de verdad en los ojos del judío, que no pude menos que exclamar involuntariamente:

—Pues yo también.

—En esa pipa —continuó— hay un espíritu.

—¡Un espíritu!

—Sí, el de su dueño primitivo.

—¡Isaac, Isaac! ¿De quién ha sido esa pipa?

—Esta pipa ha sido de Hoffmann.

—¡La pipa de Hoffmann!

Grande fue mi admiración, lo confieso ingenuamente. ¡Y sobre todo cuando en ella estaba encerrado un espíritu diabólico!

Resolví apoderarme de ella, aunque el judío Isaac me abominara. ¡El odio del judío! ¿Y qué me importaba, si el humo que de ella saliera se habría de personificar en mil figuras extrañas, en innúmeros fantasmas, en singulares visiones?

—¡Isaac!, regálame la pipa de Hoffmann.

—¡Imposible!, es una reliquia de familia, y tú sabes que por eso no puede tener precio, ¿no lo comprendes así?

—Sí, ya; pero… regalándote yo en cambio doscientos patacones…

—¡Bah!, eso es muy poco. A mi padre le costó veinte mil rublos.

—Y tú…

—No podría privarme de su presencia sino por una cantidad triple. Pero entiende que en calidad de regalo.

—Es claro, pues de otro modo yo no me habría atrevido…

—¿A qué?

—A llevar perpetuamente sobre mi conciencia el remordimiento de haber gastado más de un patacón por una pipa.

—Te comprendo.

Aquella noche no pude dormir. Un sudor frío me bañaba la epidermis y un fuego interior me secaba los labios y la garganta. De cuando en cuando experimentaba sobresaltos.

Después me tranquilizaba y luego bebía una copa de agua, y otra y otra, y cuanta más agua bebía, más aumentaba la irritación nerviosa. Cansado de

beber en copa, bebía en fuente… y las fuentes se agotaban, y se secaban los ríos y el turbulento océano no tenía agua suficiente para apagar mi sed. Me ahogaba, era indudable, me moría de sed, y más que de sed, me moría de desesperación porque, en el fondo del océano y de los ríos, y de las fuentes, y de las copas, veía dibujarse los contornos de la pipa de Hoffmann… y no podía alcanzarla, porque huía como un fantasma, como las imágenes del delirio. Y mi furiosa sed aumentaba, porque Es pipas se multiplicaban como los granos de arena que el mar elabora en su perpetua carrera.

Un grito terrible apaga súbitamente mi sed.

—*¡El cólera!*

La imaginación en mil giros extraños y violentos sigue a los días que suceden a las noches y a las noches que suceden a los días… y a estos que se mezclan con los mares… y a aquellos que se confunden con las copas y con las fuentes, y formando un torbellino caótico se transforman en una columna inmensa de humo, donde brillan centenares de pipas de Hoffmann.

—Pero… ¡eh! ¿Quién tiene el cólera?

—¡Yo! ¡Yo! —responde Isaac desde el fondo de aquel caos. Corro, me precipito… Isaac estaba agonizando.

—¡Isaac! ¡Isaac! ¿Qué tienes?

—Cólera… ¡adiós…! Me muero.

—¡Te mueres! ¿Y para qué te sirve el maravilloso amuleto?

—Para nada —exclama el judío, incorporándose en el lecho. Cuadro espantoso.

Los brillantes ojos negros de Isaac han perdido su color y su brillo y se hunden visiblemente en las ahuecadas órbitas; su rostro toma un tinte lívido, pero lívido a fuerza de ser pálido; de sus poros brotan chispas moradas que queman como el fuego; sus cabellos están erizados y cubiertos de resplandores siniestros; sus labios están bañados de espuma sulfúrea, que se inflaman al contacto de las chispas que brotan de sus poros y la nariz alimenta aquel incendio en dos columnas débiles de sus

expiraciones estertóreas.

La carne que envuelve su esqueleto va disminuyendo lamentablemente, y el esqueleto se diseña poco a poco en proporciones sepulcrales.

Isaac va a morir. El hijo del judío de Leipzig va a expirar. Es inevitable. Es necesario que muera, porque es imposible salvarle. No tengo interés en que se prolongue su vida.

—¡Adiós! —repite, mirándome desde el fondo de las órbitas.

—¡No! ¡Tú no morirás! ¡No, Isaac, tú no debes morir!

—Sí… me muero… el cólera… ¡mi sangre!

—No, tú no morirás, aunque sabes muy bien que mi opinión es otra.

—No… no puedo…

—¡Tú no morirás, Isaac, hasta que tenga en mi poder la pipa de Hoffmann!

Una nueva mirada del judío me hace estremecer y retroceder algunos pasos, porque sus chispas me han quemado la cara.

—La pipa será tuya y podrá servirte más que a mí —dice interrumpiéndose para tomar aliento después de cada palabra.

—¡Mía! ¡Y sin regalarte nada!

—Sí… tuya… y mira que debes conservarla.

La respiración de aquel volcán humano se hace cada vez con más dificultad. Un nuevo esfuerzo le permite dirigirme algunas palabras.

—Hace quince años que se halla en mi poder y jamás he experimentado el choque violento que has experimentado tú. ¡Fuma y fuma hasta que te carbonices los pulmones…! Fuma sin cesar… fuma hasta que una llama verdosa flote en torno del vástago de cerezo y envolviéndose en serpentil espiral queme tus labios con su lengua invisible. ¡Me muero… de rabia!

Y era cierto.

El sepulturero preparó su fosa, y la estadística desmenuzó su filiación.

Un amigo mío conservó su esqueleto, lo que alargó considerablemente la lengua del sepulturero, que después de un juramento terrible se consoló diciendo: “Otro vendrá”.

¡La pipa de Hoffmann ya era mía!

Cuando llegué a casa, mi primer cuidado fue guardar el tesoro que me había legado mi amigo, y dedicar a éste algunas páginas que, bajo la forma de carta, fueron a dar a Leipzig, esto es, fueron dirigidas a un hermano de Isaac, menor que él y más soñador aún.

Después de llenar este doble deber, dejé pasar dos días, al expirar los cuales, no pudiendo resistir a la tentación de dejar escapar, de mi boca algunas nubes de humo fantástico, resolví estimular mi audacia, hasta el punto de fumar con la pipa de Hoffmann.

Para este efecto, compré una libra de tabaco francés, no dudando que el tabaco francés, al arder en una pipa alemana, aplacaría el furor del estremecimiento presunto que podría experimentar en los labios, al tocar con ellos la boquilla de ámbar.

La tentativa no dejaba de presentar cierto peligro, pues, aunque mi razón no es de aquéllas más predispuestas a creer en milagros, apariciones o fantasmas, podría muy bien suceder que algún pícaro espíritu de raza, tal vez dormido, despertara de pronto y se manifestase de alguna manera turbulenta.

Mi primera preocupación, antes de emprender la tentativa, fue encerrarme en mi aposento, y como había advertido que aun cuando vieran que el aposento fuese un volcán no llamaban a la puerta, quedé perfectamente convencido de que no sería perturbado en el experimento.

Me senté junto a una mesa cubierta de libros y papeles, llené el recipiente de tabaco y acercándole una cerilla inflamada, coloqué simultáneamente la boquilla entre los dientes y los labios que iban a ejercer la doble acción de bomba aspirante e impelente.

La cerilla ardió como si hubiera estado sumergida en una atmósfera de oxígeno, y el tabaco francés chisporroteó como si previamente lo hubieran impregnado de nitro (después me he convencido que era el adjetivo lo que

lo hacía chisporrotear).

Ahuequé los carrillos: la hebra de humo atravesó furiosamente el vástago del cerezo, y una columna gaseosa se precipitó en los pulmones al hacer la inspiración.

Devuelta después de algunos segundos, se elevó con lentitud formando anillos y se desvaneció cerca del techo. Dirigí la vista a la pared que tenía frente a mí y observé que el reloj señalaba las doce de la noche. La hora era excelente.

Cuando por segunda vez acerqué a los labios la boquilla, la mesa, los libros, los papeles, la pared y el reloj habían desaparecido. Un estremecimiento, que muchos llaman miedo, pero que en realidad no era sino una impresión continuada, se apoderó de mí.

La segunda columna de humo salió de mi boca entreabierta, pero sin haber llegado a los pulmones, y, cosa extraña, en vez de elevarse como la anterior, descendió lentamente alrededor del cuerpo, y me rodeó el asiento y los pies como un anillo de piedra. El tabaco ardía a las mil maravillas, y por mi parte, aunque era la primera vez que fumaba en pipa, me parece que no lo hice tan mal, pues nuevas columnas de humo densísimo fueron a sobreponerse a la primera, de tal modo que un momento después me hallaba encerrado en un cilindro blanquecino y aparentemente vaporoso, que ondulaba al menor movimiento, pero con ondulaciones incomprensibles, como debieron ser las del mar de granito incandescente que precedió a los primeros fragmentos sólidos de la; corteza terrestre.

Cuando el borde superior del cilindro de humo llegaba a la altura del pecho, observé con impresión creciente que la vela se apagaba, y se apagaba sin remedio.

Ante aquel fenómeno inexplicable, ¿me era permitido continuar fumando?

No sé si me era permitido, pero continué.

La escena era imponente. Una obscuridad profunda me rodeaba y lo que es peor, cada vez que mis carrillos hacían quemar una nueva porción de tabaco, estimulado éste por la corriente de aire, lanzaba siniestros resplandores rojizos que iluminaban el interior del cilindro. La última fumada acompañó al último resplandor. Las tinieblas fueron entonces

completas.

—Bueno —me dije—, esto es curioso. Merece la pena fumar en pipa de Hoffmann.

Extendí el brazo para encender la vela… no pude; sentí algo frío con lo que tropezó la mano, y aquel frío era intensamente sepulcral.

Examinando detenidamente, reconocí que era un cuerpo denso como una piedra y pulido. Llevé la mano palpando aquella superficie, y reconocí que me hallaba encerrado en un cilindro impenetrable. Me puse de pie… levanté la mano… y el cilindro estaba cerrado por arriba. Quise sentarme… la silla había desaparecido.

Arrojé un grito instintivo, porque la impresión se convirtió en espanto, pues el cilindro en el cual me hallaba encerrado se estrechaba palpable, ya que no visiblemente. Cuánto tiempo permanecí allí encerrado y rodeado de tinieblas, no lo sé.

Pero cuando mi espíritu iba a maldecir el momento en que había cometido la sandez de fumar con la pipa de Hoffmann, vi una lucecita muy pequeña, muy tenue, imperceptible casi, que a la manera de un fuego fatuo, en un medio agitado, recorría caprichosamente mi prisión.

Entre tanto me ahogaba, porque las columnas de humo, convertidas en piedra, no permitían renovar el aire. Un sopor indecible dominaba mi cerebro, y creía que sería el precursor de mi agonía. Ideas lúgubres cruzaron mi mente, pero pronto fueron desvanecidas con la presencia de otra lucecilla semejante a la primera; a esta segunda sucedieron otras y otras, de tal manera que si no hubieran sido tan pequeñas habrían podido iluminar el reducido recinto.

Pero lo que más me sorprendió fue que comenzaran a bailar fantásticamente a la altura de mi cara; contemplé aquellas evoluciones y… creeréis que es una fábula… me hablaban o más bien dicho, me decían algo, pues un instante después leía en sus movimientos las palabras *átomos en reconstrucción*.

—¡Diablos! —dije para mí mismo—, ¿qué será esto?

Los *átomos en reconstrucción* se encargaron de contestarme, porque al

instante se agruparon frente a mi vista y haciendo sus destellos cada vez más espléndidos, me iluminaron con llamas azuladas, de tal modo que, deseando conocer qué efecto producirían sobre el cutis, levanté el brazo izquierdo para mirarme la mano… y la mano había desaparecido.

Sentí que los cabellos se me erizaban; llevé a la cabellera la mano derecha… los cabellos habían desaparecido, y en cuanto a la mano derecha, que no quise mirar, puedo decir que no tenía conciencia de su posesión.

El cilindro se movió como agitado por una fuerza sobrenatural, y entonces vi, allí donde estaban las luces, que empezaban a diseñarse, confusamente al principio, más luego con precisión, los contornos de una cara.

Los ojos, era evidente, se me saltaban de las órbitas.

La garganta no daba paso al aire que modula las palabras y los músculos sujetos a la voluntad desobedecían las órdenes del espíritu.

Y a medida que la cara iba tomando un aspecto más determinado, comenzaban a perfilarse las formas de un cuerpo y calculad cuál sería mi espanto cuando reconocí la figura del judío Isaac, escuálido, amarillo, con los ojos casi ocultos en la profundidad de las órbitas, los cabellos erizados y sacando la lengua por los labios entreabiertos.

Pero ¿qué metamorfosis tan extraña había experimentado la lengua de Isaac en su existencia sepulcral?, ¿por qué tenía una longitud tan prodigiosa? No lo sé.

Debajo del brazo izquierdo llevaba un gran bulto, cuyo contenido no podía conocer, porque estaba envuelto en un diario.

—¿Qué quieres? —le pregunté, al ver que su lengua se prolongaba visiblemente.

Al oírme estas palabras, la hizo ondular como si hubiera sido una culebra.

—¿Tienes algo que decirme?, ¿ha faltado algún requisito para tu tranquilidad eterna?, ¿tienes algún secreto importante que comunicarme o que revelar algún misterio? Pero, ¿por qué no hablas?

Isaac tocó el bulto que llevaba bajo el brazo con la punta de la lengua.

Aunque no podía dudar que mis manos habían desaparecido, hice un esfuerzo para pellizcar la lengua del judío, porque ya estaba tan larga que amenazaba llenar el cilindro, y aquel movimiento hizo que se dislocara la pipa de Hoffmann, y tocara con la boquilla la lengua de Isaac.

—Al fin me has comprendido —dijo una voz cavernosa.

—¿Yo?

—Me era imposible hablar antes de tocar la boquilla de lapa. Pero evitemos explicaciones inconducentes y vamos pronto a la cuestión. Antes de morir, olvidé decirte que existía en mi poder una gran cantidad de manuscritos, casi todos ellos escritos por mí, menos uno que es evidentemente de Hoffmann, y que nadie había conocido, ni mucho menos publicado. Nunca Hoffmann habló de él ni a Hitzig, ni a Funck, ni a ningún otro de sus amigos íntimos, y parece que su mujer, a quien tanto amaba Hoffmann, ignoraba la existencia de semejante trabajo, pues ni siquiera hace mención de él entre las obras póstumas de su sublime esposo… Lo he traducido al castellano y se titula: Una teoría terriblemente moralizadora, y al traducirla la he rejuvenecido, de tal manera que muchos creerán que es apócrifa. En mi traducción hay anacronismos, como por ejemplo en aquel punto en que dice que a Kant se le ha levantado una estatua, lo que no era cierto cuando Hoffmann escribió su cuento. Pero de cualquier manera, el hecho es que pertenece a Hoffmann en el fondo, y que los anacronismos son míos. Respecto de los otros trabajos, tú juzgarás lo que te parezca mío, y…

La visión desapareció.

Pero antes de esto, la lengua de Isaac había recuperado la longitud que tenía en vida, y el paquete que llevaba bajo el brazo, había rodado hasta mis pies.

Profunda oscuridad rodeó mis ojos y un sopor abominable dominó mis fuerzas vitales y mi espíritu.

Cuando volví en mí, era ya mediodía.

Me hallaba en el lecho rodeado por la familia.

—Hace dos horas —se me dijo— has tenido convulsiones, se conocía que deseabas hablar, y no podías, y como el sopor que te dominaba era tan intenso, no ha sido posible despertarte.

—Sí —contesté—, alguna pesadilla.

—¿Te sientes bien?

—Admirablemente.

—En ese caso…

—Voy a levantarme, si ustedes me permiten.

—¿Y ese cilindro grande de piedra que hay en tu escritorio?

—¿Cilindro de piedra?

—Sí.

—Ah, ya… sí, está bien.

Inmediatamente que quedé solo, me vestí, y corrí a mi escritorio, donde pude reconocer el cilindro en el cual había aparecido Isaac.

Tomé una barreta de dos arrobas, y después de encerrarme bien, comencé a picar aquel misterio. Al centésimo golpe, el cilindro se abrió en dos y ¿sabéis lo que hallé dentro? La pipa de Hoffman y el paquete de manuscritos de Isaac.

Guardé cuidadosamente aquélla en una caja para no usarla más, y ahí éste.

Como me lo había dicho el judío, se hallaba efectivamente en él una gran cantidad de manuscritos. Estaban reunidos en diez cuadernos, cada uno de los cuales con su correspondiente título.

Dudo mucho que el lector no desee conocer esos títulos, pero como no dudo que es bueno consignarlos aquí, entre la certeza y la duda, me quedo con la primera.

1.º El ruiseñor y el artista.

2.º Un doble ensueño.

3.º El mejor remedio.

4.º Una teoría terriblemente moralizadora.

5.º El piano de Elvira.

6.º Odio y amor.

7.º El lunar.

8.º El delirio de un poeta americano.

9.º Venganza de ultratumba.

10.º ¡Tucumán!

De éstos, el primero ha sido publicado ya en *La Ondina del Plata*, periódico en el cual no se indicó su procedencia. Los otros, aunque son publicables, permanecen inéditos, y quién sabe hasta cuándo lo estarán.

Algunos parecen escritos por un patriota del año 10, otros por el judío, y quizá dos por Hoffmann, lo que no me atrevo a asegurar, porque el judío ha hecho muchas modificaciones, algunas de ellas de trascendencia. Sin embargo, el lector juzgará.

Hemos abusado sobradamente de la amabilidad de los editores de *El Plata Literario,* razón por la cual debería ponerse aquí la palabra *Fin*, pero como no debe defraudarse al lector, publicando solamente la introducción, si así puede llamarse, de una obra, vamos a escoger entre los nueve cuentos inéditos, no el mejor, sino el más corto, precisamente el mismo que, según Isaac, ha sido escrito por Hoffmann, espetando hallar un editor igualmente amable, que quiera encargarse de la publicación de los otros.

Hasta tanto llegue ese momento, he aquí:

Una teoría terriblemente moralizadora

Kasper Herrmann era profesor de filosofía en cierto pueblo de Alemania, donde no hacía mucho tiempo se estableciera una sociedad de templanza, cuyos prosélitos, socios o miembros, aumentaban prodigiosamente.

Como en aquel pueblo no había existido jamás sociedad alguna de este género, las costumbres eran tan sencillas, tan severas, que se hubiera considerado una deshonra para cualquiera de sus habitantes beber diez botellas de cerveza en una sola noche, sin tener un motivo muy poderoso.

Algunas malas lenguas, de esas que no faltan jamás cuando se trata de desacreditar a un individuo que se ha distinguido por una cualidad que le eleva sobre la vulgaridad del mundo que se arrastra, habían divulgado, pero con causas agravantes, la noticia de que Kasper Herrmann, en una sola noche, había bebido veintinueve botellas de aquel licor.

¡Veintinueve botellas él solo!

Los padres de familia al saber esto, trataron de investigar lo que hubiera de positivo en la noticia y buscando aquí, averiguando allá, y observando en todas partes, pudieron al fin resumir sus pesquisas de la manera siguiente:

“El profesor Herrmann había salido de su casa el sábado último, vestido muy a la ligera, sin corbata, y con los botones del chaleco prendidos con tanta irregularidad, que el ojal número uno correspondía al botón número tres, de modo que al mirarle de frente, se observaba al punto que el mencionado chaleco, del lado izquierdo, era muy corto por arriba y muy largo por abajo, a la inversa de lo que presentaba el lado derecho; que el ruedo de la pierna derecha del pantalón estaba doblado, y el zapato con un lustre metálico, mientras que la pierna izquierda caía regularmente sobre una zapatilla de tafilete mordoré; que al salir de su casa, a eso de las ocho de la noche, con un aire tan meditabundo como jamás se había observado en él, se había dirigido a una posada próxima, el León Rojo, y llamado al posadero, quien al verle en aquel traje, no pudo contener su

admiración, lo cual aumentó considerablemente cuando Kasper hizo un movimiento como para decirle al oído: —¿“Cuántas botellas de cerveza hay en la bodega?”, a lo que el posadero había contestado —“Veintinueve”. Que Kasper entonces se había mostrado muy satisfecho y dicho al posadero —“Son todas para mí”. Que después de sentarse junto a una mesita, le habían traído una y después otra y otra, hasta llegar a la última. Que entonces el posadero se había acercado a él, y le había dicho: —“¡Señor Kasper, esto es mucho!”—, y Kasper había sonreído, y nada más, porque parecía no querer interrumpir una observación muy curiosa que estaba haciendo con la punta del dedo en la llama de la vela. Que después se había retirado meditabundo, taciturno, sin decir ni una palabra, pero que no se había observado en él síntoma alguno de embriaguez”.

Aquí terminaba el resumen de las pesquisas, y sin embargo, fue suficiente para que los padres de familia, en su mayor parte, retiraran a sus hijos del *Gimnasio* en que Kasper daba lecciones de filosofía, no como docente privado, sino como profesor cuyos títulos en toda regla, acreditaban que la cátedra era en propiedad.

Este desbande extraordinario no pudo pasar inadvertido para Kasper, que recordando la historia de las veintinueve botellas, lo atribuyó a la indiscreción del posadero.

Preocupado Kasper con la idea de que podía perder su empleo, y lo que era peor, su crédito, se dirigió más taciturno que antes a la posada del León Rojo.

—No hay ni una sola botella en la bodega —dijóle el posadero al verle entrar.

—No vengo en busca de ellas —repuso Kasper, entre sonriendo y caviloso.

—¿Y entonces?

—Vengo a pagarlas.

Entablado ya este diálogo sentimental, tenía que continuar con las excusas del posadero y la insistencia de Kasper.

—Cosa extraña —dijo éste, como para dar otro giro a la conversación—. Cosa rara que en una posada como la vuestra no haya una sola botella de

cerveza. ¿Y qué habéis hecho de ellas?

—Las he vendido todas al tesorero de la Sociedad de Templanza.

—¡De la Sociedad de Templanza! ¿Y para qué quiere cerveza la Sociedad?

—Para celebrar la sanción de sus estatutos.

Un rayo de luz bajó en aquel momento al espíritu de Kasper, y resolvió llevar a cabo una obra que había de inmortalizarle, como se ha inmortalizado Kant, a quien se le ha levantado una estatua cerca del palacio real de Koenigsberg, y como se le levantará a Spinoza en La Haya, dentro de poco, y a otros tantos filósofos a quienes la humanidad pensante y no pensante, agradecida por el servicio inmortal que le han prestado con sus doctrinas sublimes para transformar en negro absoluto lo que ya era oscuro por naturaleza, ha colocado en el número de los grandes hombres.

Kasper se golpeó la frente y saliendo con toda prisa de la posada, corrió a su casa, se precipitó en su aposento como una avalancha, y cerrando la puerta se tendió en el lecho. Pero no para dormir, porque el sueño es un imposible para el que piensa en la gloria futura, sino para meditar. Dejémosle acariciar sus ilusiones y los presuntos laureles que le coronan ya en el horizonte de las posibilidades y volvamos a los habitantes del pueblo, que al fin tienen Sociedad de Templanza porque no la necesitan.

El descrédito de Kasper preocupa a todos aquellos angelitos rubios. No se habla de otra cosa, desde el burgomaestre hasta el último artesano, y hay quien pretende expoblar a Kasper, y aún expatriarle, pues de otro modo la moralidad del pueblo corre peligro. ¡Veintinueve botellas de cerveza! Esto, que en otra parte no sería sino un *Quosque tandem Catilina* agobia, mortifica, lacera los corazones y las almas de los moradores de aquel asilo de la época patriarcal. Aquí uno toma una escoba, allí otro un fusil sin gatillo, más allá el librero de viejo un ejemplar infolio mayor de la Odisea, para enviar con él a la cabeza de Kasper y servirse de un argumento tan contundente para que huya o muera, disyuntiva terrible para un profesor pacífico de filosofía, cuyo único crimen es haber dado a su espíritu mayor tensión que la habitual. Y todo, ¿por qué?; porque el librero de viejo ha leído en un libro nuevo que cierto día, paseando un profesor de la Universidad de Oxford por un bosque, fue acometido por un oso en el momento en que leía la Odisea en griego, y no hallando otro recurso llevó

a efecto cierta evolución e hizo que el ejemplar clásico penetrara violentamente en la garganta del oso, al cual dijo, de paso: —“¡Toma, esto es griego!”, y el oso reventó, y como sé había llegado a decir en un momento de exaltación que los profesores de filosofía ' que bebían más de veinticinco botellas de cerveza eran unos osos, quería ensayar.

Pero hace ya más de seis horas que Kasper medita, y es necesario que vuelva en sí. Vamos allá.

—¿Qué hay?, ¿qué tumulto es éste?

He aquí las exclamaciones que involuntariamente se nos escapan de los labios. Multitud de corrillos obstruye el paso, y un murmullo, un cuchicheo inexplicable hiere los oídos.

¿Se habrá suicidado Kasper? Esto no es posible. ¿Habrá huido? Menos. ¿Qué hay, pues?

¡Hay! ¡Vaya! Es que hay dos grandes noticias: la primera, que mañana celebra la Sociedad de Templanza la sanción de sus estatutos, y la segunda que Kasper Herrmann, el profesor de filosofía del gimnasio, va a asistir a la sesión, y como homenaje a aquella por tan fausto acontecimiento, va a exponer en público una teoría nueva. ¿No os parece que hay motivo suficiente para preocuparse?

Así es la verdad, y en prueba de ello, asistiremos a la sesión y oiremos la teoría, y como es una Sociedad de Templanza, y tal vez nos inviten con *Liebfrauenmilch* o con la cerveza del León Rojo, procuraremos cumplir los fines que la Sociedad se propone.

¿Y cómo se explica este movimiento de retroceso en la opinión? No hace un instante que hasta las cocineras amontonaban ollas para expulsar a Kasper y ya no se ocupan de otra cosa sino de su teoría, y todos la oirán y si es buena la aplaudirán todos, y todos llevarán en triunfo a Kasper hasta el León Rojo, y el viejo Martín irá con su violín, que aunque no tiene más que tres cuerdas y dos clavijas y un arco de cuatro pelos, hace prodigios de melodía, porque suena como papel en un peine, música con la que espera regalar a Kasper y a toda la concurrencia. El hecho es el siguiente:

Sabida es la facilidad pasmosa con que el espíritu alemán se asimila todas las teorías que nacen en Alemania o en el extranjero, y como los alemanes

son pensadores, y pensadores profundos, cavilan y cavilan hasta identificarse fundamentalmente con todos los principios. Pero como allí, lo mismo que en todas partes, hay buenos y malos pensadores, se fija todo, lo malo y lo bueno. Sin embargo, como una nación debe caracterizarse siempre por lo más culminante de sus manifestaciones resulta que la Alemania es el crisol de todas las opiniones, y de todas las teorías. Allí se profundizan, se pesan, se miden, se palpan, y por último se hunden o se subliman. De manera que el que quiera oír los más sublimes disparates, no tiene más que ir a Alemania (si entiende el idioma); pero en cambio, el que desee conocer la última expresión posible de lo más grande que se pueda imaginar, no tiene más que ir a Alemania, porque allí no se conocen los términos medios. ¿Queréis ciencia? ¿Dónde la hallaréis como allí? ¿Queréis artes? ¿Queréis letras? Todo el espíritu humano, en su más vasta potencia, se reconcentra en aquel pueblo. ¿La guerra? ¡Qué! ¿Queréis ver el ebrio más ebrio que existe en el mundo? ¿Queréis ver el hombre más templado que ha pisado la tierra? Y todo a causa de la profundidad de la idea.

El movimiento, pues, que se observa en el pueblo de Kasper no es sino una simple manifestación de la tendencia constante, y eso, que el tal pueblo es casi una aldea, donde la instrucción es de tercer orden.

Pero nos hemos apartado de nuestro tema. Volvamos a Kasper. Dos horas haría que Kasper meditaba, cuando una nueva idea surgió en su espíritu.

Se levantó, y echó a correr como un niño de escuela, y en menos tiempo que el necesario para decirlo, estaba en el León Rojo llamando a gritos al posadero. Apareció éste, y más muerto que vivo, preguntó a Kasper lo que quería.

—¿Cuándo se reúne la Sociedad de Templanza? —dijo éste.

—Mañana a la noche.

—¿Dónde?

—No sé, pero puedo preguntarlo al Tesorero que vendrá luego.

—No importa. Decidle que conviene altamente a los fines de la Sociedad que la sesión se celebre en el gimnasio, porque voy a exponer una teoría filosófica tan extraña, que el que no se espante por su originalidad,

quedará asombrado el resto de su vida.

Todas las circunstancias favorecían la hipótesis de que Kasper estuviera loco; pero el posadero no era hombre entendido en la materia.

Kasper le saludó cortésmente, y se retiró, y un momento después, toda la población estaba en el secreto, y aun cuando la Sociedad de Templanza no había resuelto que la sesión se celebrara en el gimnasio, a nadie se le ocurrió que fuera posible reunirse en otra parte, porque así convenía según lo había dicho Kasper, el profesor de filosofía.

¿Entretanto qué hacía Kasper?

De pie, frente a un espejo, y apoyado en un viejo sillón de vaqueta, le hubierais visto gesticular como un endemoniado, porque tenía la firme convicción de que todo profesor de filosofía que se encuentra en su situación, tiene necesariamente que preparar el ademán, la sonrisa, la severidad del rostro al hacer una imprecación y expresar con una revolución de los ojos toda la melancolía o todo el disgusto que puede inspirarle tal o cual cosa.

Así pues, Kasper ensayaba, y ensayó hasta que llegó el momento en que, fatigado de tanta especulación y palabras, cayó rendido en el lecho, en el cual durmió más que lo de costumbre. Dejémosle dormir.

Amaneció por fin el ansiado día, y era digno de observación el alborozo que se traducía en todos los semblantes y la algazara que producían todos los chicuelos con sólo pensar que día llegaría en que ellos también fueran miembros de la Sociedad de Templanza y pudiesen asistir a sus sesiones, no impedidos ya por una orden paterna.

Y si es evidente que el día amaneció, no lo es menos que la primavera derramaba todas sus sonrisas, todas sus gracias en la comarca encantada. No sé qué extraños perfumes brotaban del florido césped, ni qué sutiles emanaciones penetraban todos los cuerpos, a punto de sonrosar el rostro de más de un buen anciano, que aseguraba no haber contemplado en su vida un día más hermoso.

Las muchachas rozagantes y los mozalbetes alegres como ellas, corrían hacia la campiña a formar guirnaldas y ramilletes de trébol y margaritas, de azucenas, y frondas de helechos, a los que agregaban las elegantes flores

de las gramíneas y las hojas de las campanillas (die Ackerwinde) y otras tantas que, ocultas entre las hojas, despertaban del sueño de su perfumada modestia, para competir en belleza y en frescura con las mejillas y con los labios de las juguetonas niñas, ora corrían éstas en pos de una mariposa matizada como la pradera, ora se ocultaban a la vista de los animados compañeros, los cuales las buscaban y corrían, aquí, corrían allá hasta el momento en que un ruido amable revelaba, al espectador imparcial de aquella escena, que la fresca doncella no había sabido hallar un escondite apropiado. Francas carcajadas de las compañeras sellaban el hallazgo y todo era bienestar, y todo era alegría.

Por fin se oyeron horas en el campanario del pueblo, y todos reunidos en amorosas parejas tomaron el camino que a él conducía.

Hay quien asegura que en aquel día no hubo un solo rostro airado ni descontento en todo el pueblo, y se puede confirmar esta aseveración, pues de otro modo sería necesario poner en duda la palabra de un hombre de bien.

Cuando los jóvenes volvieron del paseo tomaron la calle del gimnasio, y cuando penetraron en éste, fueron recibidos por numerosos miembros de la Sociedad, que desde muy temprano habían estado dirigiendo el arreglo del gran salón en que iba a celebrarse la fiesta. Todos depositaron allí sus guirnaldas y ramilletes, y como eran activos y las muchachas comedidas, en un momento estuvo todo listo, de tal manera que el presidente, que no era otro que el burgomaestre, se frotaba las manos y saltaba de gozo.

—¿A qué hora empezará la fiesta? —preguntó una de las muchachas.

—A las siete —contestó el tesorero, acariciándole la graciosa barba, lo cual visto por uno de los acompañantes hubo de causar un tremendo conflicto, que no se inició por respeto al burgomaestre.

—Eso no puede ser —dijo otro—, a las siete es muy tarde.

—¡Cómo! ¿Muy tarde?

—Sí, sí, es muy tarde; nada, que empiece ahora mismo —dijeron todos los jóvenes que estaban allí reunidos—, ahora mismo.

¿Qué hacer en aquel trance?

En un momento la alegre comparsa había desaparecido y sus elementos, dispersos por el pueblo, corrían a sus casas.

Como era muy temprano, apenas las diez y media de la mañana, almorzaron apresuradamente y volvieron al gimnasio. Los que tocaban algún instrumento, de cuerda o de viento, lo habían traído, y cuando el burgomaestre quiso impedir la entrada porque la afluencia de gente era considerable no pudo conseguirlo.

—¡A la plaza!, ¡a la plaza! —vociferaban en coro.

No había remedio. La fiesta había comenzado, con gran satisfacción del tesorero, que comprendió que al alejarse todos a la plaza, libraban de peligrosas asechanzas la cerveza y los ricos vinos que había reunido.

Una orquesta de violines y clarinetes, de triángulos y violoncelos, invitaba a la formación de parejas y la primera que rompió el fuego fue la del burgomaestre con una preciosa rubia que, sólo con su presencia obligaba al burgomaestre a pensar en los cuarenta años que le sobraban. No quiero describir esta hermosa fiesta, porque temo fatigaros tanto corno lo quedaron todos los que bailaron en ella y, ¿sabéis por qué?, porque estaba en la conciencia general del pueblo que la sanción de los estatutos de la Sociedad de Templanza merecía los honores de una fiesta tan alegre como lo fue aquélla, más aún, tan animada y tan larga. Por otra parte, supongo que puede habérsenos ocurrido una idea maliciosa respecto a su anticipación y que habéis culpado a los jóvenes de impaciencia por bailar con sus buenas amiguitas. Todo es posible, pero ya se hace tarde. Corramos al gimnasio, porque el reloj de la iglesia acaba de dar siete golpes en la campana.

¡Espléndido!

El gran salón está iluminado con multitud de lámparas suspendidas del techo por medio de alambres, o sostenidas en las paredes por brazos de madera. Y tal es la variedad que cualquiera diría, al examinar las luminarias, que todo el pueblo había contribuido espontáneamente a aumentar su número. ¿Y cómo no?, ¡si el tesorero es tan económico! Los bancos en perfecto orden esperan la concurrencia, y en un extremo del salón se ve la mesa presidencial colocada en una tarima, y un gran sillón, tal vez contemporáneo de Lutero, eleva junto a ella su vetusto respaldo de

vaqueta. En la mesa hay un candelero, en éste una vela, pero la llama no alegra todavía el extremo de la mecha.

Por una vaga intuición, reconocemos que en el salón contiguo hay otra mesa, pero mucho mayor que la presidencial, y sobre ella una gran cantidad de botellas, de vasos y de copas, de todos los calibres, de todas las formas y de todos los tiempos, timbre de honor para la economía del tesorero. Y ¿quién sabe qué manjares exquisitos acompañan a todos los elementos potables? Faisanes asados, pasteles de liebre, deliciosas ensaladas con colores de mosaico, perdices en escabeche, budines, compotas, y todo lo que el refinamiento culinario puede brindar al refinamiento gastronómico. Pero estas son conjeturas y es mejor no multiplicarlas, porque la puerta está cerrada, y nadie ignora que el burgomaestre tiene la llave.

Tomemos asiento, pues ya acuden los miembros de la Sociedad de Templanza, acompañados de sus familias y de algunas personas que no son ni una ni otra cosa, pero que asisten a la función porque tienen un vivo interés en conocer el desarrollo de la Sociedad, la teoría de Kasper y, sobre todo, la calidad de los manjares y licores, como sucede siempre que el espíritu del pueblo ha sido despertado de su habitual serenidad.

Allí entra el burgomaestre, vestido de negro, con la sonrisa en el semblante, y cierta llave en la mano. Debajo del brazo derecho lleva su sombrero, y apoyada en el izquierdo, la mano de su esposa, señora de edad avanzada, pero de rostro fresco y cabello cano, cubierto en parte por una cofia donde todas las flores de la estación se han dado cita, como en la caja de un herborizador. Delante de esta amable pareja caminan, con el rostro inclinado por una modestia en la que no entra el fingimiento, dos lindas niñas de ojos azules como las aguas de un lago sereno, y cabello rubio como las espigas del trigo. Una toca de intenso violeta, bordada de realce, adorna sus cabezas, y al caer sobre la espalda parece que quisiera ocultar las hermosas trenzas de su abundante cabellera, echada hacia atrás. Un corselete azul comprime sus mórbidas formas y diseña los pliegues de sus blanquísimas camisolas. La falda es corta, roja, con guarniciones negras, y, como no faltará quien diga que esta descripción es incompleta, responderemos que es cierto, pero que ya es muy larga, dejando a su buen gusto el complemento necesario.

El secretario acompaña del brazo al posadero del León Rojo, y detrás de ellos aparece Kasper, tratando de mirar, por sobre los hombros de los que

le preceden, las simpáticas figuras de las hijas del burgomaestre, con lo cual da a entender que, como profesor de filosofía, quiere completar sus observaciones. Luego se ven otras figuras no menos interesantes, entre las cuales se destaca maese Martín, cuya peluca, tal vez por un descuido, está colocada con el borde frontal en la nuca, y parece que no ha sido teñida sino en la mitad que hubiera sido izquierda, pero que no lo es por una simple inversión de forma. Lleva el violín envuelto en un saco verde, de donde espera sacarlo cuando se presente la oportunidad.

Muy lejos nos llevaría la descripción sucinta de todas las eminencias que allí se presentaron; sólo diremos que en los rostros palpitaba el bienestar y en las cabezas de todas las mujeres jóvenes se veían tocas de todos los colores, y en las cabezas de todas las mujeres no jóvenes, cofias de todos los tamaños, con flores de todas las especies; las adormideras parecían sacar sus lenguas innumerables, bajo la forma de pétalos a las azules y blancas campanillas, siendo digno de observarse oue en ninguna faltaba el popular y reminiscente *No me olvides* (vergissmeinnicht).

Toda la concurrencia tomó asiento, en particular el burgomaestre, que ocupó el sillón presidencial, sonriendo a su esposa y a sus hijas, que ya se arrepentían de haber asistido a la fiesta, porque veían brillar fatídicamente cierta llave que el presidente tenía en la mano.

—¿Y el tesorero? —preguntó el secretario.

—Por vida de… que no ha venido aún —contestó.

—Bien, tenga la bondad de encender esta vela, que se ha colocado aquí a pedido de Kasper.

El secretario encendió la vela, y un rayo de luz refleja brilló en los ojos de Kasper, que, no pudiendo resistir su intensidad, lo envió como una caricia a los azules cristales de la predilecta de sus teorías amorosas.

El presidente hizo un gran saludo a la concurrencia numerosa y como para verificarlo se había puesto de pie, tomó la palabra y dijo:

—Señoras, señores, jóvenes y niñas:

“Todo placer que no esté profundamente basado en la absoluta posibilidad de la sanción de la conciencia, porque sea una manifestación espontánea

del cumplimiento del deber, tiene inevitablemente que ser efímero, pasajero, y más que todo, mutable. Nuestras virtudes, vuestras virtudes, son ejemplares, y creo que el país entero tiene que reconocerlas desde hoy más que nunca; porque para ello nos hemos congregado con el laudable fin de mostrar a la nación entera que basamos nuestras mismas virtudes, vuestras virtudes mismas, en la convicción profunda de que pueden desvanecerse, y que reconocido el peligro, será tanto más gloriosa nuestra salvación. *(Sensación en el auditorio.)* La Sociedad de Templanza, ángel tutelar de nuestras virtudes, señalará este día como el más glorioso de su existencia, ¿sabéis por qué? Porque hoy celebramos la sanción de sus estatutos. Celebrarla es un deber, y todo placer que se funde, que se base en este deber, no puede dejar de ser inmutable, constante y duradero. *(Aplausos estrepitosos.)* El secretario leerá todo aquello que se relaciona con la marcha de la sociedad desde su instalación y por su lectura veréis todo lo que se ha hecho y cuántas e innumerables son las cosas que quedan por hacer. *(Aplausos prolongados.)* He dicho."

Invitado el secretario a dar lectura a la memoria presidencial, lo hizo con toda la severidad requerida por el acto. Creemos inútil repetir sus palabras. La Sociedad de Templanza, como todas las sociedades y ciertas enfermedades, había tenido su período de incubación, su período de desarrollo.

Aquel día, y esto no lo dijo el secretario, se presentaba la crisis. En la patología social, como en la del individuo orgánico, este momento es supremo. No hay remedio: la cuestión es de vida o muerte. La diferencia está en que aquella suele arrancar aplausos.

Había llegado su turno al tesorero; pero el tesorero no aparecía.

El burgomaestre despejó una nube que flotaba en su frente, y poniéndose de pie, invitó a la concurrencia a hacer lo mismo, y dirigiéndose con paso firme a la puerta del salón del festín, introdujo cierta llave en el ojo de la cerradura, le dio dos vueltas y, al abrirse las hojas de par en par, ¿qué creéis que contempló el burgomaestre estupefacto? La figura del tesorero, radiante de alegría, radiante de vapores, radiante de ilusión. Hacía seis horas que estaba encerrado y es necesario decirlo de una vez, la naturaleza humana tiene gritos que no se pueden sofocar sino con alegría, con vapores y con ilusiones.

Las intuiciones a veces no engañan, y la disposición de la mesa

confirmaba una nuestra. Así la concurrencia que se había precipitado en el salón, supo apreciar debidamente las palabras del burgomaestre, cumpliendo con su deber de una manera asombrosa.

Volaban los tapones comprimidos, y el líquido amable corría a torrentes. Incitantes aromas se desprendían de los platos suculentos y los trozos de las aves, y los fragmentos de las liebres pasaban como nubes de las fuentes a los tenedores y de éstos a las húmedas bocas de aquellos Baltasares. Los brindis se sucedían con vertiginosa rapidez, se mezclaban, se confundían y por último cesaban. ¿Cuál fue el más lacónico? No lo sabemos, pero el que menos lo fue no se compuso sino de dos palabras, aunque la frase quedó trunca: *Ihr wol…* Y, zas, fue a confundirse con lo que había arrancado el anterior.

¡Y todo se acabó! ¡Dichas humanas, cuán rápidas sois! Apenas se os alcanza, huís como la avecilla que viéndose prisionera rompe el lazo traidor que la envolvía.

En aquel festín no faltó ni el *Mane, Thecel, Phares*. ¿Y sabéis cuál fue el elemento justiciero? El violín de Maese Martín. Todos callaron, y el presidente anunció que la sesión iba a continuar.

Todos ocuparon sus respectivos asientos, y el burgomaestre invitó a Kasper a tomar la palabra.

Un aplauso tremendo, pero confuso, saludó al filósofo, y no faltó un rostro delicado que se cubrió de precioso y virginal carmín.

En el momento en que Kasper iba a ponerse de pie, alguien le detuvo para decirle al oído:

—¿Te expresarás de manera que te entiendan?

—Y si no entienden, poco se perderá —contestó.

Luego se puso de pie, tomó el puesto que el burgomaestre presidente le cedía y dijo:

—Señoras, caballeros, jóvenes y señoritas:

“Fundamentalmente persuadido de la necesidad absoluta que existe de elevar nuestro pueblo a la altura de los primeros centros ilustrados y aún

más, si es posible, hace algún tiempo que persigo una idea que, madurada por el estudio, tiene que producir este resultado.

Sin esfuerzos, sin ensayos, sin peripecias ni contratiempos, vamos a saltar de pronto de nuestra condición humilde a la primera categoría del progreso humano. Vais a oírme, vais a juzgar.

Voy a ser lacónico, porque mis ideas son serias y profundas las bases de mi argumentación, recordando al mismo tiempo que agradezco la prudencia que habéis observado hasta ahora [*respecto*] de *alguno* de mis actos, que pudo ser vituperable. Lo diré con franqueza: no ha mucho habéis visto quizá apartarme de nuestras costumbres admitidas y beber veintinueve botellas de cerveza, es cierto, pero ello era indispensable para confirmar mis últimas investigaciones.

Desde la más remota antigüedad, han reinado tres doctrinas diversas sobre el espíritu humano. Una de ellas supone que el alma es simple, y que cada hombre no tiene más que una; la otra asegura que el alma no existe y que no es sino una alucinación de nuestra materia corpórea; la tercera, por fin, pretende que el cuerpo encierra muchas almas, lo que ya es demasiado.

Independientemente de estas aseveraciones más o menos aceptables, voy a sostener y voy a probar por *a* más *b* que ninguna de esas doctrinas es la verdadera, para cuyo efecto bastará que exponga mi teoría.

El cuerpo humano encierra dos almas, que no funcionan constantemente, sino en momentos diversos. La una es sensible, la otra es latente.

Habituados desde que nacemos a hacer uso de la primera, a reconocerla y a aceptar su unidad, olvidamos siempre la segunda.

Aquélla, no obstante, puede definirse diciendo que es una manifestación dinámica del cuerpo, susceptible de conocerse a sí misma; mientras que la otra, no solamente es indefinible sino también incomprensible.

Como manifestación dinámica se puede medir su acción y aumentar o disminuir su intensidad, de donde resulta que, siendo sensible, no sólo es limitada, sino también variable, pudiendo ejercer su acción sobre tal o cual punto del organismo.

Mientras conserva su carácter normal, reina sola en nuestro cuerpo y en nuestros actos, pero no bien aumenta su tensión habitual, y cuanto más enérgica es ésta, mayor es su actividad.

Esto es evidente y por lo tanto sirve de base a mi teoría".

—Tan evidente es —interrumpió el posadero del León Rojo—, como que ahora veo dos Kasper y dos burgomaestres, y dos velas, cada una en una mesa.

—Tan evidente —continuó el burgomaestre—, como que vuestra mano derecha tiene diez dedos…

—Y el violín de maese Martín seis cuerdas —observó la cocinera de Kasper.

—Y vos dos caras, cocinera —dijo maese Martín.

—Y vos cuatro pies, maese Martín —exclamó indignada la sobrina de la cocinera.

Y lo más curioso es que todos lo decían sinceramente. Kasper continuó: "Bien, pues, ¿cómo explicáis ese fenómeno aparentemente maravilloso? ¿No os parece que todo lo que habéis dicho es lo que es de un modo relativo? ¿No es cierto que fundamentalmente se ven aquí dos velas? Y, sin embargo, elementalmente no existe más que una.

—Dos —gritó el tesorero.

—Una, elementalmente y dos fundamentales —insistió Kasper.

—¡Dos! Fundamentalmente y elementalmente —repitió el posadero.

—Una…

—No, profesor Kasper —le interrumpió el secretario—, una fundamental y otra elemental, son dos.

—Transemos —dijo el burgomaestre—, una y dos son tres.

—¡Dos!, ¡dos!, ¡dos! —repitió la concurrencia.

—¿Pero qué es esto? —dijo el burgomaestre, más encendido por el licor

que por la ira—, ¿os habéis vuelto locos? Al comenzar la sesión se ha colocado sobre esta mesa una vela, luego no hay más que una.

—¡Dos!

—Transaremos nuevamente; hay cuatro.

Todos guardaron silencio, y Kasper continuó:

—Como he iniciado este notable debate, debería lamentar el giro que ha tomado, pero me felicito de que todos aceptéis que haya dos, tres o cuatro. Lo que importa saber es que: donde hay cuatro o tres hay dos. De este modo, no os repugnará mi teoría, porque desde este instante queda basada en una verdad experimental, y hoy más que nunca mé persuado de que en nuestro cuerpo hay dos almas. ¿Queréis permitirme explicaros lo que hay de positivo en todo esto? *(¡Sí, sí, sí!)* El alma sensible manifestándose dinámicamente con todo su poder, por la tensión exagerada a que la hemos sometido, sujetándonos al cumplimiento de nuestro deber, ha comprimido por su tensión el alma latente, la cual se ha hecho sensible. Ahora bien, dos almas sensibles, tienen doble manifestación dinámica, y aunque es evidente por *a* más *b* que aquí no se había colocado más que una vela, ahora vemos dos luces, porque tenemos dos almas.

¡Bravo! ¡Bien! ¡Bis! ¡El profesor Kasper es más sabio que Kant! ¡Que hable el tesorero!

Y una salva de aplausos, frenética, tremenda, convulsionó turbulentamente la sala en que celebraba su sesión la Sociedad de Templanza.

¿Podía el tesorero satisfacer al pedido que se le había hecho?

El tesorero roncaba debajo de la mesa presidencial.

Kasper continuó:

—Pero estas manifestaciones del espíritu doble, desaparecen en el tacto. ¿Queréis convenceros por este sentido que la impresión es simple? *(Sí, sí.)* Acercaos, amigo mío —dijo Kasper al posadero, el cual, aunque vacilando, se aproximó a la mesa—. Cerrad los ojos, extended el brazo derecho y el índice del mismo.

El posadero hizo lo que se le indicaba.

—Bien —continuó Kasper—, abrid los ojos y decidme lo que veis en vuestra mano.

—Dos índices extendidos. *(Aplausos.)*

—¿Y cuántas luces?

—Dos. *(Estrepitosos aplausos.)*

—Aproximad el índice a la llama y procurad quemarlo un poco, solamente un poco…

Así lo hizo.

—¿Y?

—Sólo se quema uno.

—No hemos terminado aún. Aquí veis dos luces, una a la izquierda y otra a la derecha, y dos índices de una misma mano, uno a la derecha y otro a la izquierda, ¿no es verdad?

—Sí.

—Bien: colocad el índice de la izquierda en la llama de la y derecha…

—Y no me quemo.

—El índice de la derecha en la llama de la izquierda.

—Tampoco.

—Los índices en las llamas correspondientes…

—¡Ay! *(Aplausos.)*

—Tomad asiento. Esto prueba de un modo irrefutable que hay un dedo y una llama latentes para el tacto, pero sensibles para la vista y el tacto, de donde deducimos en última síntesis:

1.º Que por este descubrimiento, nuestro pueblo es el principal del mundo.

2.º Que cada hombre tiene dos almas: una sencilla y otra latente.

3.º Que en todo el pueblo no queda una sola botella llena (pero esto último lo expresó en voz baja).

Si queréis cercioraros, podéis aproximaros a la vela y repetir con el índice derecho lo que acabáis de observar. He dicho.

Pero nadie aplaudió porque todos se pusieron de pie, extendieron el brazo y el índice y se precipitaron hacia la mesa, para convencerse de que el índice de la derecha no se quemaba en la llama de la izquierda; pero como lo hicieron con tanta precipitación, se llevaron por delante las espaldas de los que precedían, y las sillas y los bancos rodaron por el suelo, y al hacerse pedazos, cada uno de los circunstantes dio con la nariz en los muebles caídos y despedazados o en el cuerpo del que antes había caído, pero el índice conservaba su posición invariable y más de uno se lo dislocó. A esto hay que agregar una escena conmovedora, porque inmediatamente que el primero que se acercó tocó la vela, los otros que había detrás le empujaron, y la vela encendida cayó sobre la cara del tesorero, al cual despertó, después de haberle quemado las pestañas y las cejas, y una parte de los párpados, dolor que le hizo prorrumpir en un quejido lastimero.

Pero el experimento requería tiempo y todos deseaban verificarlo, para lo cual echaron mano de todas las lámparas, las cuales se apagaron, por las imprudencias, dejando el salón en la más profunda oscuridad, y agitado por un vocerío infernal de todos los cerveceros y zapateros y cocineros y propietarios en actividad.

Al fin todo el mundo estaba en la calle, los unos tambaleando aquí, los otros cayéndose allá y todos alegres por haber cumplido con su deber, a lo cual se agregaba que todos gritaban y vociferaban, festejando la gloria del pueblo, y el talento sobrenatural de Kasper, al que llevaron en triunfo hasta su casa y le manifestaron el más profundo agradecimiento en nombre de la patria.

Y cosa admirable, al día siguiente, los padres de familia que habían retirado sus hijos del gimnasio, escribieron al director de éste que tuviera la bondad de disculpar, pero que los niños, durante los días que habían

faltado, se habían hallado enfermos.

Kasper, a quien se comunicó la noticia, comprendió que su talento era al fin reconocido, y durante mucho tiempo caviló sobre la mutabilidad de las cosas humanas.

Desde aquel día, la Sociedad de Templanza comprendió su verdadera misión; pero ya era tarde: la teoría de Kasper había ejercido una modificación fundamental en la templanza de los habitantes, porque desde el burgomaestre hasta el último artesano, todos se cercioraban diariamente de que en el cuerpo humano hay un espíritu sensible y otro latente.

La fama de Kasper circula por el mundo, porque su teoría, corregida y aumentada, ha penetrado en todas las Academias e Institutos filosóficos y no falta quien diga que en su pueblo va a levantársele una estatua sensible y otra latente, con una inscripción *sensible* en el pedestal, pero en francés, como la que tiene en Buenos Aires la ecuestre del General Belgrano.

Esto no pasa de “dícese”; lo que hay de positivo es que el profesor Kasper, después de haber meditado mucho sobre la inestabilidad de las cosas humanas, se ha casado con una linda rubia, hija del burgomaestre, precisamente una de aquéllas que recogían flores en la pradera el día que, para justificar una libación exagerada, hizo estallar su teoría terriblemente moralizadora.

Eduardo Ladislao Holmberg



Eduardo Ladislao Holmberg (Buenos Aires, 27 de junio de 1852 – ibídem, 4 de noviembre de 1937) fue un médico, naturalista y escritor argentino. Hijo del aficionado a la botánica Eduardo Wenceslao Holmberg y nieto del barón de Holmberg que acompañara en sus campañas a Manuel Belgrano e introdujera en la Argentina el cultivo de la camelia, fue una de las principales figuras de las ciencias naturales en el país, compendiando por primera vez la biodiversidad de su territorio. Fue además un prolífico literato.

Holmberg comenzó a publicar sus devaneos literarios hacia 1872; simultáneamente con sus Viajes por la Patagonia verían la luz sus primeras obras líricas. La poesía ocupó sólo una pequeña parte de su producción literaria, destacándose el largo poema Lin-Calel, escrito en endecasílabos encadenados. Más prolífica fue su obra narrativa; fue el fundador del género de la ciencia ficción en el país, con la novela El viaje maravilloso del señor Nic-Nac, que apareció en 1875. Lejos del formato duro que adoptaría el género en el siglo siguiente, la ciencia ficción fue para Holmberg una excusa para ejercer la crítica de costumbres, la ironía moral y la especulación en clave darwinista; en esta novela, el señor Nic-Nac viajaba a Marte de forma astral, y sus desventuras en aquel planeta permitían a Holmberg burlarse de sus contemporáneos.

Volvería a Marte en Insomnio, de 1876, y abordaría luego una temática fantástica en La pipa de Hoffman, especulando sobre los efectos de las drogas. De 1879 data Horacio Kalibang o los autómatas, una obra de avanzada sobre la posibilidad de la fabricación de robots. Fundó además el género policial en Argentina con su célebre La bolsa de huesos, y tradujo al español los Papeles póstumos del club Pickwick, de Charles Dickens, por quien sentía gran admiración. La perspectiva sociocrítica de su literatura se hacía patente en la utopía política Olimpio Pitango de Monalia, que no publicó en vida y permaneció inédita hasta 1994.